

TARDE DE ORACIÓN CON LAS ESCRITURAS

Interceder - "La paciencia del Amor"

INTRODUCCIÓN

Esta tarde la vamos a ocupar en la oración de súplica, en la intercesión. Nos quedaba pendiente un texto algo enigmático y original de Abraham, en el que encontramos a éste regateando con Dios, con una familiaridad impropia de esa época. Rebajando números, como un comerciante. Es cierto que nos encontramos muchas veces haciendo de comerciantes con Dios. Rezar se ha convertido para nosotros, muchas veces, en pedir, y pedir cosas a Dios. Pero ¿esto es la oración? La hemos reducido a una demanda y sentimos que estamos instrumentalizando a Dios. Y encima nos lleva a la frustración porque no alcanzamos aquello que pedíamos. Tendremos que empezar por confesarlo, traer aquí esa duda que tantas veces arrastramos, para colocarnos de otro modo ante Dios. Vamos a escuchar un alegato contra esa oración de súplica que ha salido y sale de tantos hombres y mujeres de todos los tiempos.

ALEGATO CONTRA LA ORACIÓN DE SÚPLICA

«Hemos orado, hemos llamado a Dios, y Dios no nos ha respondido. Hemos gritado, y Él ha permanecido mudo. Hemos llorado lágrimas que nos quemaban el corazón, y no fuimos admitidos a su presencia. «Quisimos, por encima de toda prueba y contraprueba, apelar a su corazón, al corazón que no sabe más que de misericordias. Le podríamos demostrar que nos sobra razón para estar pesarosos de su silencio. Tendríamos un ingente material de alegatos: los ruegos inatendidos en favor de las criaturas hambrientas; los llantos sin remedio de los pequeñuelos que perdieron a sus padres en tantas guerras olvidadas, los gritos de las jóvenes deshonradas, de los niños matados a golpes, de los esclavos del trabajo injustamente explotados, de los oprimidos por la injusticia, de los "liquidados", de los asesinados en su fama.

Y podríamos conjurarle así después de estas preguntas: por tu honor, por tu gloria, por tu nombre en este mundo, del que Tú has de responder; cuida de que aparezcan algo más claras a nuestros ojos tus huellas en este mundo; las huellas de tu sabiduría, de tu justicia y de tu bondad. Pero, por piedad, añadiríamos suplicantes, queremos experimentar tu ayuda

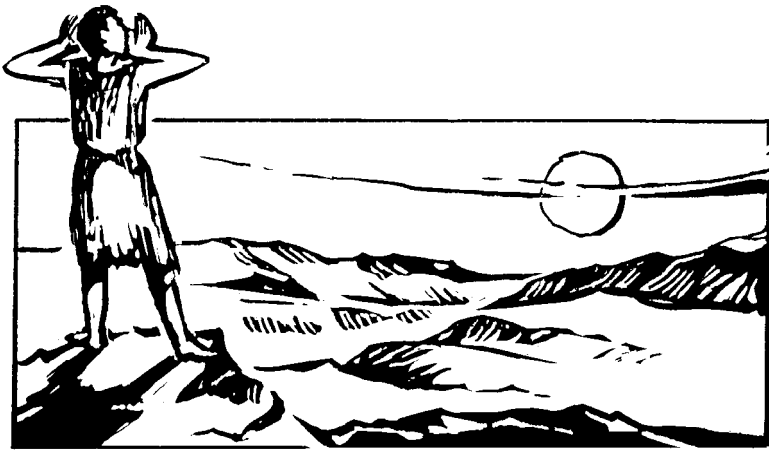
«Podríamos, finalmente, invocar en nuestro apoyo el testimonio de tu Hijo, que sabe bien cómo nos toca de cerca todo esto, porque gustó también el amargor de nuestra vida.

»Todo esto lo podríamos hacer. Y, en realidad, todo esto lo hemos hecho. Porque hemos orado. Hemos mendigado. Hemos hecho subir hasta lo alto nuestras ardientes y doloridas quejas. Y no nos ha servido de nada.

«Hemos orado y nadie nos ha oído. Hemos llamado y nadie nos ha respondido. Hemos gritado y todo permaneció mudo. La mayoría saca una consecuencia brutal: no tiene objeto alguno el orar; no hay un Dios que oiga esa oración de súplica. El grito de la angustia no sube hasta Él, ni penetra en los oídos de su corazón.

Así es acusada la oración de súplica. Y naturalmente es Dios mismo el propiamente acusado en ella. Y Él calla. Obstinadamente calla. Calla por siglos y milenios. Se contenta con decirnos que hablará una vez cuando venga a juicio. Y que pueden, por tanto, seguir las acusaciones; la acusación de los corazones triturados, la acusación de los entendimientos cavilosos. Pero nosotros queremos, a pesar de todo, orar y pedir. Aun sintiendo como el que más todo el escozor y la acometida de las querellas levantadas contra la oración de súplica, vive en nosotros la invencible fuerza de la fe, que contra toda esperanza espera, y contra todo fracaso sigue orando.

Abraham dialoga con Dios. Génesis 18,20-33



Después dijo el Señor: —La denuncia contra Sodoma y Gomorra es seria y su pecado es gravísimo. Voy a bajar para averiguar si sus acciones responden realmente a la denuncia. Los hombres se volvieron y se dirigieron a Sodoma, mientras el Señor seguía en compañía de Abrahán. Entonces Abrahán se acercó y dijo: —¿De modo que vas a destruir al inocente con el culpable? Supongamos que hay en la ciudad cincuenta inocentes, ¿los destruirías en vez de perdonar al lugar en atención a los cincuenta inocentes que hay en él? Lejos de ti hacer tal cosa! Matar al inocente con el culpable, confundiendo al inocente con el culpable. ¡Lejos de ti! El juez de todo el mundo, ¿no hará justicia? El Señor respondió: —Si encuentro en la ciudad de Sodoma cincuenta inocentes, perdonaré a toda la ciudad en atención a ellos. Abrahán repuso: —Me he atrevido a hablar a mi Señor, yo que soy polvo y ceniza. Supongamos que faltan cinco inocentes para los cincuenta, ¿destruirás por cinco toda la ciudad? Contestó: —No la destruiré si encuentro allí los cuarenta y cinco. Abrahán insistió: —Supongamos que se encuentran cuarenta. Respondió: —No lo haré en atención a los cuarenta. Abrahán siguió: —Que no se enfade mi Señor si insisto. Supongamos que se encuentran treinta. Respondió: —No lo haré si encuentro allí treinta. Insistió: —Me he atrevido a hablar a mi Señor. Supongamos que se encuentran veinte. Respondió: —No la destruiré, en atención a los veinte. Abrahán siguió: —Que no se enfade mi Señor si hablo una vez más. Supongamos que se encuentran allí diez. Respondió: —En atención a los diez no la destruiré. Cuando terminó de hablar con Abrahán, el Señor se marchó y Abrahán volvió a su lugar.

GÉNESIS 18,20-33, Abraham dialoga con Dios.

El texto nos presenta a Dios que se queda parado en pie ante Abraham, mientras los otros dos personajes del relato anterior bajan hacia Sodoma. Abraham se acerca a Dios para proponerle una cuestión urgente. No se trata de salvar a Lot, su sobrino que vive en Sodoma; ni siquiera de salvar a ésta, sobre la que Dios vuelve su mirada para juzgarla. Puede parecer que Abraham intenta salvar a los inocentes, haciéndolos salir de la ciudad, algo revolucionario para la comprensión de la época. El sentido de su pregunta es:

- ¿Qué es lo que determina el juicio de Dios sobre Sodoma: la maldad de los muchos, o la inocencia de unos pocos? Una reflexión muy original y penetrante. Un modo de pensar que se atreve a sustituir al antiguo de colectivismo en la sentencia.
- ¿No podrá una pequeña minoría de inocentes ser tan importante ante Dios, que gracias a ella se suspenda el castigo que amenazaba a toda la comunidad? Frente a la solidaridad en la culpa, el principio de la representación o sustitución en lugar de otros.

En el fondo, Abraham lucha, en su llamamiento al justo juez del universo, por una nueva interpretación del concepto “justicia de Dios”. Abraham presentará esta cuestión ante Dios con toda humildad y en medio de la mayor angustia. Con esa excitación que le presta ánimos para llevar adelante su petición. Abraham se sabe “polvo y ceniza”, sin derechos a entrar en razonamientos con Dios. Pero nos maravilla el ver cómo a lo largo del diálogo se crece ante la benevolencia misericordiosa de Yahvé, haciendo incursiones en su benignidad; cómo va pidiendo cada vez más a esa su justicia indulgente, cómo se va atreviendo a ir cada vez más lejos hasta lograr el asombroso resultado de que un número minúsculo de justos sea más importante a los ojos de Dios que la mayoría pecadora, y puedan ellos detener el juicio. En Dios prevalece la voluntad de salvar, sobre la de perder.

La interrupción del diálogo puede ser una forma de eludir la consecuencia final. Renunciar a seguir rebajando el número de inocentes, no significa que el diálogo termine, sino que queda con una cuestión abierta. A Abraham ya no se le ocurría ir más allá con sus preguntas. Pero, al no resultar algo que el hombre podía esperar obtener, el relato salvaguarda el singular carácter que contiene: que es uno el que procura la salvación y la expiación para muchos, como lo dice el Cuarto Cántico del Siervo de Isaías 53. Lo que queda patente es la imagen de un Dios que no quiere destruir, sino que su corazón se “vuelca” como dirá Oseas en 11,8s. Él es el santo “en medio de ti” (palabras referentes a los inocentes dentro de la ciudad). Y aquí el justo que salva no es un hombre, sino el propio Dios.

Este relato nos acerca al poder de la intercesión. Cuando ésta nace de la experiencia de confianza, de aquel que conoce a Dios por la intimidad de relación, no tiene límites. Dios sólo se deja vencer por el amor. Está en cuestión la capacidad de creer y esperarlo todo de Él, del conocimiento de Dios, al que accede sólo quien ha perseverado en medio de la noche, y la dificultad. Ese conocimiento que brota en la paciente soledad del que ha sido visitado y tocado por Él.

La oración de intercesión

Los apóstoles sintieron que Jesús vivía una relación privilegiada con Dios, diferente... Por eso, le pidieron que les enseñara a orar como Él lo hacía. Sin embargo, este ruego de los discípulos respondía al deseo mismo de Jesús: el compartirles la experiencia única de su Padre, que se resume en una sola palabra: ¡Abbá, Padre!

Junto a esa palabra, les enseñó a orar siempre, sin desfallecer. En los momentos de júbilo y consuelo, y en los de noche y oscuridad. Como bendición y alabanza, y como grito y súplica, participando de los mismos sentimientos de Jesús, uniéndolos a su propia oración, mediante el soplo vital de su ser, el soplo del Espíritu Santo.

Orar así, movidos por su Espíritu, es participar de su impulso vital y su amor al Padre. A comprender esta oración de Jesús nos puede ayudar la carta a los Hebreos que nos hace fijarnos en la oración de Cristo en el curso de su vida terrena:

Heb 5, 7-10: “En los días de su vida mortal, presentó con gran clamor y lágrimas...” Se puede pensar que, del principio al fin de su existencia, Cristo oró de esta manera y que aquellos ruegos y súplicas constituían el fondo de su oración. Hecho uno de nosotros, ha podido compadecerse de nuestras miserias (Heb 5,2). En la total entrega a la voluntad de su Padre, su oración fue escuchada.

En este sentido su oración es verdaderamente la nuestra: cuando nosotros clamamos con ruegos y súplicas, el Padre ve el rostro de su Hijo a través de nuestro, con su misma voz y mirada.

Pues bien, ahora que Jesús está a la derecha del Padre, como Señor de la historia, Él sigue orando por nosotros: la única actividad de Jesús glorioso es la intercesión. Su paso por la obediencia de la pasión gloriosa le ha otorgado el pleno poder ante el Padre y éste lo ha puesto todo en manos de su Hijo. Es su sacerdocio inmutable: “De ahí que puede salvar a aquellos que se acercan a Dios, porque está siempre vivo para interceder por nosotros” (Heb 7, 25). Él vive para interceder. Su vida gloriosa es una ininterrumpida intercesión por los hombres del todo los tiempos. Su oración es eterna. Encontrarnos con Jesús real, el Cristo Resucitado, es encontrarle en oración ante su Padre. Él lo había dicho, que rogaría al Padre, que les enviaría el Espíritu a los suyos.

“Yo pediré al Padre que os mande otro defensor que esté siempre con vosotros, el Espíritu de la verdad...” (Jn 14,16)

De ahí, la primera súplica de los discípulos: “Señor Jesús, envíanos tu Espíritu”, se dirigirán a Jesús como mediador ante su Padre.

Hasta que Jesús volvió al Padre, esa su oración es la que estaba presente en medio del mundo. Cuando vuelve a Él, será la oración del Espíritu la que esté presente en medio del mundo. No serán los discípulos los que oren, sino el Espíritu, presente en el corazón del mundo el que no cesa de orar y suplicar.

Romanos 8

Debemos tomar conciencia de la oración del Espíritu, que está ya en nosotros, que se nos anticipa y continúa, incluso cuando dejamos de orar.

Desde Pentecostés, e incluso desde la efusión del Espíritu por Jesús en la cruz: “entregó el espíritu” – la oración no cesará un instante en la tierra hasta la Parusía.

No tenemos conciencia de esta presencia de la oración del Espíritu en el corazón del mundo. La oración vive en nosotros. Toda la actividad espiritual consiste en tomar conciencia de lo que ya llevamos en nosotros.

Sencillamente el Espíritu se une a nuestro espíritu para orar en nosotros y atestiguar que somos hijos de Dios. Él lo hace por nosotros con gemidos inefables.

Características de esta oración:

El permanecer en la oración incesante. Tenemos ese evangelio de la viuda importuna, Lc 18, 7-8. ¡Dios hará justicia a sus elegidos que claman a él día y noche!

La oración es la paciencia del amor, tanto por parte de Dios, como por parte del hombre. Requiere primero y antes de nada la fe.

Nos pasa que como no vemos que ocurra lo que pedimos nos sentimos tentados a bajar los brazos (Moisés). Sólo la fe puede mantenernos. Nosotros clamamos en la duración del tiempo, pero Él responde – al instante – que es lo equivalente- en la eternidad. Ahí está la prueba y el combate de la oración. Por eso, Dios quiere que oremos sin cesar y sin desfallecer nunca. Pudiendo ser incluso desmedidos en los deseos, al mismo tiempo que realistas, porque “lo que es imposible a los hombres es posible para Dios”.

Jesús nos asegura que el Padre nos escucha siempre. La fe en ello es el verdadero combate de la vida. Aún cuando no veamos nada.

Acudamos al Espíritu cuando sintamos que no sabemos orar así: Él penetra nuestros corazones, conoce todos nuestros deseos y formula al Padre la oración y la petición que corresponde con los designios de Dios. Él sabe orar y lo que es preciso pedir. Él, Jesús, y los santos, interceden por nosotros, y con ellos podemos ser también nosotros intercesión por los demás.

CELEBRACIÓN

INTERCEDER - LA PACIENCIA DEL AMOR

**CANTO: Dona nobis, dona nobis pacem, dona nobis, dona nobis pacem.
Agnus Dei qui tollis peccata mundi, miserere, miserere nobis.**

- Quien ha conocido a Dios y ha entrado en su intimidad, quien se ha dejado modelar por él, no se puede aislar de la realidad que le circunda. Acaba poniéndose a su servicio, también. Esto es la intercesión, ponerse ante Dios por el otro. Incluso a costa de la propia vida.

Entonces Moisés aplacó al Señor, su Dios, diciendo: - ¿Por qué, Señor, se va a encender tu ira contra tu pueblo, que tú sacaste de Egipto con gran poder y mano robusta? ¿Tendrán que decir los egipcios: Con mala intención los sacó, para hacerlos morir en las montañas y exterminarlos de la superficie de la tierra? Desiste del incendio de tu ira, arrepíentete de la amenaza contra tu pueblo. Acuérdate de tus siervos Abrahán, Isaac e Israel, a quienes juraste por ti mismo, diciendo: Multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo, y toda esta tierra de que he hablado, se la daré a vuestra descendencia para que la posean siempre. Y el Señor se arrepintió de la amenaza que había pronunciado contra su pueblo. Ex 32,11-13

Al día siguiente Moisés dijo al pueblo: - Habéis cometido un pecado gravísimo; pero ahora subiré al Señor a ver si puedo expiar vuestro pecado. Volvió, pues, Moisés al Señor y le dijo: - Este pueblo ha cometido un pecado gravísimo haciéndose dioses de oro. Pero ahora, o perdonas su pecado o me borras de tu registro. Ex 32, 30-32

**CANTO: Oh, oh, oh Señor. Si no vienes Tú mismo, no nos hagas partir de aquí.
Si no vienes Tú mismo, no nos hagas partir.**

Yo mismo iré contigo y seré tu paz.

- Es perseverar en medio de la noche, o la dificultad. Es la batalla de la fe.

Hizo Josué lo que le decía Moisés y atacó a los amalecitas; entretanto, Moisés, Aarón y Jur subían a la cima del monte. Mientras Moisés tenía en alto la mano vencía Israel, mientras la tenía bajada vencía Amalec. Y como le pesaban las manos, ellos tomaron una piedra y se la pusieron debajo para que se sentase; mientras, Aarón y Jur le sostenían los brazos, uno a cada lado. Así sostuvo los brazos hasta la puesta del sol. Josué derrotó a Amalec y a su tropa Ex 17, 10-13

CANTO: Oh, oh, oh Señor.....

- La intercesión es la insistencia del amor que vigila como madre amante. Es entrega al Amor, que logra tocar su corazón y ponerlo en marcha hacia la súplica que lo llama.

Al tercer día se celebraba una boda en Caná de Galilea; allí estaba la madre de Jesús. Se acabó el vino, y la madre de Jesús le dice: - No tienen vino. Le responde Jesús: - Qué quieres de mí, mujer? Aún no ha llegado mi hora.

La madre dice a los que servían: - Haced lo que os diga. Había allí seis tinajas de piedra para las abluciones de los judíos, con una capacidad de setenta a cien litros cada una. Jesús les dice: - Llenad de agua las tinajas. Las llenaron hasta el borde. Les dice: - Ahora sacad un poco y llevádselo al maestresala. Se lo llevaron. Cuando el maestresala probó el agua convertida en vino, sin saber de dónde procedía, se dirige al novio y le dice: - Todo el mundo sirve primero el mejor vino, y cuando los convidados están algo bebidos, saca el peor. Tú, en cambio, has guardado hasta ahora el vino mejor. En Caná de Galilea hizo Jesús esta primera señal, y creyeron en él los discípulos Jn 2, 1-11

Canto: ¡Ave María! ¡Ave! ¡Ave María! ¡Ave!

Madre de la espera y mujer de la esperanza, ¡Ora pro nobis!

Madre de sonrisa y mujer de los silencios, ¡Ora pro nobis!

Madre de frontera y mujer apasionada, ¡Ora pro nobis!

Madre del descanso y mujer de los caminos, ¡Ora pro nobis!

¡Ave María! ¡Ave! ¡Ave María! ¡Ave!

Madre del respiro y mujer de los desiertos, ¡Ora pro nobis!

Madre del ocaso y mujer de los recuerdos, ¡Ora pro nobis!

Madre del presente y mujer de los retornos, ¡Ora pro nobis!

Madre del amor y mujer de la ternura, ¡Ora pro nobis!

- Si hay que orar siempre sin cansarse, es por mantener la llama, porque la oración es un ejercicio de fe. La oración es paciencia del amor. Emplear la vida en la oración es por mantener viva esa fe que Jesús desea encontrar en los suyos: ¿no es estar en ese mismo estado de súplica de Jesús? Quienes hayan deseado clamar a Dios día y noche, lo obtendrán sin tardar, alcanzarán la gracia de la oración incesante. Eso es pedir a Dios día y noche.

Para inculcarles que hace falta orar siempre sin cansarse, les contó una parábola: - Había en una ciudad un juez que ni temía a Dios ni respetaba a los hombres. Había en la misma ciudad una viuda que acudía a él para decirle: Hazme justicia contra mi rival. Por un tiempo se negó, pero más tarde se dijo: Aunque no temo a Dios ni respeto a los hombres, como esta viuda me está fastidiando, le haré justicia, no vaya a acabar a golpes conmigo. El Señor añadió: - Fijaos en lo que dice el juez injusto; y Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos si claman a él día y noche? ¿Les dará largas? Os digo que les hará justicia pronto. Sólo que, cuando llegue el Hijo del Hombre, ¿encontrará esa fe en la tierra? Lc 18

CANTO: Bonum est confidere in Domino, bonum sperare in Domino

LA ORACIÓN SACERDOTAL DE JESÚS, Jn 17.

- INTERCEDER es orar con la oración que Jesús mantiene viva a la derecha del Padre. Jesús vino a enseñarnos esa inmensa circulación de amor entre las Personas Divinas, que se entregan mutuamente, se agradecen, se llaman. Y Jesús quiso introducirnos en ella: "Tú eres mi Hijo, Tú eres mi Padre" Al final, en la última Hora, sólo le queda a Jesús la voluntad del Padre...el único deseo de que sea conocido, y brille la anchura y profundidad de su amor.

Así habló Jesús. Después, levantando la vista al cielo, dijo: —Padre, ha llegado la hora: da gloria a tu Hijo para que tu Hijo te dé gloria; ya que le has dado autoridad sobre todos los hombres para que dé vida eterna a cuantos le has confiado. En esto consiste la vida eterna: en conocerte a ti, el único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesús el Mesías.

CANTO: Cristo, recuérdame, cuando llegues a tu reino

- Al final, sólo le queda a Jesús el amor por los suyos, los que el Padre le ha confiado, la pertenencia de su Padre. No ha tenido otra misión que cuidarlos, y ahora ruega por ellos...Nosotros somos ese último latido de Jesús en este mundo. ¡Estremécete y adora ese amor que te cuida!

Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me has confiado, pues son tuyos. Todo lo mío es tuyo y lo tuyo es mío: en ellos se revela mi gloria. Ya no estoy en el mundo, mientras que ellos están en el mundo; yo voy hacia ti, Padre Santo, guárdalos con tu nombre, a los que me diste, para que sean uno como nosotros.

CANTO: Cristo, recuérdame, cuando llegues a tu reino

- Jesús intercede por los suyos, los de la primera hora, y los que creerán por la Palabra, por nosotros, y los que vendrán detrás de nosotros. Lo hace para que resistamos la prueba de “no pertenecer al mundo”, siendo del mundo, siendo pobres y pecadores. Para poder continuar la misión de Jesús, sostenidos por su oración. Para ser uno, como ellos, en la comunión del mismo Amor que nos han entregado.

No pido que los saques del mundo, sino que los libres del Maligno. No son del mundo, igual que yo no soy del mundo. Conságralos con la verdad: tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, yo los envié al mundo. Por ellos me consagro, para que queden consagrados con la verdad. No sólo ruego por ellos, sino también por los que han de creer en mí por medio de sus palabras. Que todos sean uno; como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste...

CANTO: Si vivimos, para el Señor vivimos. Si morimos, para el Señor morimos. De manera que en la vida y en la muerte somos de él.

- La última petición de Jesús es tener a los suyos consigo, en la eternidad. Como Resucitado, nos ha llevado a su lado ya. En La Pascua, en su triunfo sobre todos los poderes, Dios le ha entregado todo: ¿cómo no vamos a creer que Dios ha escuchado este deseo de Jesús? Entonces ¿será así de audaz nuestra fe, como para creerlo? Repitamos esa súplica hasta que nos traspase el alma...

Padre, quiero que los que me confiaste estén conmigo, donde yo estoy; para que contemplen mi gloria; la que me diste, porque me amaste antes de la creación del mundo. .. Les di a conocer tu nombre y se lo daré a conocer, para que el amor con que tú me amaste esté en ellos, y yo en ellos.

CANTO: Si vivimos, para el Señor vivimos. Si morimos, para el Señor morimos. De manera que en la vida y en la muerte somos de él.

- Nosotros no sabemos pedir convenientemente, el Espíritu lo sabe, y esto basta. Si nosotros nos cansamos de orar, Él no se cansa. Él ora en nosotros, cuando nosotros oramos. El Espíritu es nuestro ayudador en la oración, no simplemente porque nos asiste y ayuda en aquella vivencia nuestra que es el orar, sino, más aún, porque en gracia de esa ayuda, nuestra oración es infinitamente más que simple oración nuestra. Éste es el más santo consuelo de nuestra oración. Ésta es la más alta preza de nuestra oración. Ésta es la indeficiente fuerza de la oración. Éste es el inagotable contenido de todas nuestras plegarias. Hagamos un alto interiormente antes de comenzar a orar. Y cuando el hombre interior ha recobrado el sosiego, dejemos entonces hablar al Espíritu del Padre y del Hijo. No le oímos. Y sabemos, con todo, en fe, que Él ora en nosotros; ora con nosotros y para nosotros. Y que su palabra repercute en las profundidades de nuestro corazón y en el corazón del Padre.

De ese modo el Espíritu socorre nuestra debilidad. Aunque no sabemos pedir como es debido, el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inarticulados. Y el que sondea los corazones sabe lo que pretende el Espíritu cuando suplica por los consagrados de acuerdo con Dios. Rom 8, 26-27

INTERCEDEMOS

Oración del alma enamorada.

¡Señor Dios, amado mío! Si todavía te acuerdas de mis pecados para no hacer lo que te ando pidiendo, haz en ellos, Dios mío, tu voluntad, que es lo que yo más quiero, y ejercita tu bondad y misericordia y serás conocido en ellos. Y si es que esperas a mis obras para por ese medio concederme mi ruego, dámelas tú y óbramelas, y las penas que tú quisieras aceptar, y hágase. Y si a las obras mías no esperas, ¿qué esperas, clementísimo Señor mío?; ¿por qué te tardas? Porque si, en fin, ha de ser gracia y misericordia la que en tu Hijo te pido, toma mi monedilla, pues lo quieres, y dame este bien, pues que tú también lo quieres.

No me quitarás, Dios mío, lo que una vez me diste en tu único Hijo Jesucristo, en que me diste todo lo que quiero. Por eso me holgaré que no te tardarás si yo espero.

**CANTO: Todos los días y las noches, las nebulosas, los cometas,
el sol, la luna, las estrellas, es todo vuestro y vosotros de Dios.**

**Todas las rosas de la vida, espigas, árboles, praderas,
océanos, ríos, montañas, es todo vuestro y vosotros de Dios.**

**Toda la música, las danzas, los rascacielos, las ciudades,
los libros, artes y culturas, es todo vuestro y vosotros de Dios.**

**Todas las veces que perdono, cuando sonrío y cuando lloro,
cuando descubro mis errores, es todo vuestro y vosotros de Dios,**

es todo nuestro y nosotros de Dios.

es todo nuestro y nosotros de Dios.